

## La fauna de Hipólito G. Navarro

M<sup>a</sup> Isabel Cortijo Delgado  
*Universidad de Castilla-La Mancha*

Los textos breves de Hipólito G. Navarro gozan de gran reconocimiento entre los estudiosos del microrrelato. De hecho es nombrado muchas veces como ejemplo del buen hacer, sus microrrelatos siempre tienen hueco en las antologías y sus tácticas de estilo ilustran algunas características del género como la importancia del título, la necesaria intertextualidad o la estructura tripartita y, sin embargo, pocas veces ha sido estudiado a fondo. Prácticamente, tan solo una de las pioneras en el estudio del género, Irene Andres-Suárez (2010: 311-322), ha dedicado unas páginas específicas al análisis de los relatos más breves de este autor al que todos alaban por su humor, por su capacidad de concentrar en pocas palabras la magia del género o por la exigencia que apela a sus lectores. Estos aspectos, tan característicos de los microrrelatos, hacen del autor uno de los representantes españoles digno de figurar en las mejores antologías de microrrelatos.

En las contraportadas de sus libros, este onubense afincado en Sevilla se declara “biólogo interruptus” por un afán de teñir de humorismo sus libros, desde el principio hasta el final, y como rebeldía contra la *titulitis* que impera en nuestra época, como confiesa en la entrevista que Miguel Ángel Muñoz le hizo para *El síndrome de Chejov* (2007). Los dieciocho relatos de su primer libro se reúnen bajo el título *El cielo está López* (1990). Este volumen tuvo una venta aceptable y, en la misma colección de “Los libros del curioso impertinente” de la editorial Don Quijote, publicó *Manías y melomanías mismamente* (1992) con treinta y dos de los relatos rechazados por su editor en el libro anterior. Unos años más tarde vieron la luz *Relatos mínimos* (1996a) y *El aburrimiento, Lester* (1996b) cuya influencia ha sido reconocida en autores de microrrelatos posteriores porque parece que “salió más un libro para autores que para lectores” (Muñoz 2007). Tras estos triunfos llegaron *Los tigres albinos: un libro menguante* (2000a) que sorprendió por su estructura de embudo que, además, sirvió de modelo para otros libros como las antologías de Clara Obligado o *Cuentos del lejano oeste* de Luciano C. Egido (2003), en el que experimenta con la estructura contraria. Declarada su fuerte afición a los microrrelatos, se atrevió con la novela *Las medusas de Niza* (2000b) con la que ganó el XLVII Premio de

Novela Ateneo Ciudad de Valladolid ese mismo año. En el 2005 reunió sus relatos ya publicados en un libro y les añadió una nueva cosecha inédita: *Los últimos percances* (2005)<sup>1</sup>. Con la heterogeneidad como único denominador común, publicar en Seix Barral era un “sueño secreto literario” porque Cortázar había publicado bajo el mismo sello y, además, opina que “unos mismos cuentos, según y cómo se barajen y organicen, pueden dar lugar a muy diferentes libros” (Muñoz 2007). Más recientemente, Javier Sáez de Ibarra se aventuró a publicar una antología de sus cuentos bajo el título *El pez volador* (2008) con un estudio preliminar (Sáez de Ibarra 2008a) y una conversación final (Sáez de Ibarra 2008b) que hace releer a la luz de esas confesiones algunos cuentos que se llenan de nuevos matices. En la actualidad lee, escribe, reescribe y opina que no hay nada más absurdo que escribir porque antes se ha escrito. Confiesa que “no quiere escribir cuentos que no tengan nada debajo” (González Torres 2009) y que, mientras intenta poner orden a sus cuartillas llenas de cuentos y darles una estructura, seguirá leyendo. Ha recibido varios premios por sus cuentos, entre los que cabe destacar el Vargas Llosa-NH y, aunque su labor como cuentista sobrevuela y se impone sobre la de microrrelatista, no debe pasarnos inadvertido que cumple con los requisitos indispensables para pertenecer al género y que, curiosamente, no lo señalan como cultivador ocasional del microrrelato, sino como cultivador permanente a pesar de que sus cuentos no suelen abarcarse de un vistazo. Además, sus piezas breves gozan de un sarcasmo sutil que hace romper la risa al mismo tiempo que la reflexión: esta premisa entronca directamente con los grandes maestros del microrrelato como Augusto Monterroso, Max Aub, Javier Tomeo y, en su recreación absurda de la cotidianidad, con su gran maestro, Julio Cortázar.

Antes de exponer su poética, tomamos las palabras de Irene Andrés-Suárez para resaltar que “Hipólito G. Navarro es un autor transgresor, rupturista e irreverencioso, muy proclive a la experimentación lingüística y técnica, algo que lo convierte en un escritor atípico e inclasificable” (2010: 312). Las presentaciones que se hacen de él señalan la renovación del género, la experimentación del lenguaje, la pasión vital destilada en sus palabras o el sentido del humor contagiándolo todo.

Una especie de poética de su escritura breve es la introducción que abre uno de sus cuentos “Jamón en escabeche” (Navarro 2005: 300): Una historia pequeña debe necesariamente estar formada por una anécdota mí-

---

1 Nos basaremos en esta antología para la referencia bibliográfica de los microrrelatos.

nima con un gancho fuerte en la primera línea, un desarrollo posterior de dos o tres líneas a lo sumo y otra línea ya más corta para cerrar con un portazo una sugerencia apenas dibujada.

Lo evidente es que su escritura es poco convencional: “A la hora de meterme en una historia lo que no quiero es volver a contar cosas de la realidad y, si lo hago, lo que quiero es contarlas de otra manera” (Belaus-teguigoitia 2005). Como firme seguidor de Cortázar, late la influencia del argentino en tomarse la escritura como juego, no solo en los temas sino también en las formas de concebir un cuento que debe cumplir su misión narrativa con la máxima economía de medios ya que el aura que pervive en el relato (ningún análisis estilístico lograría explicar) pervive en el relato y poseerá al lector como había poseído al autor (Cortázar 1969). Ambos escritores, aficionados al jazz, comparan la escritura con esta música imprevisible llena de ritmo y tensión que innova e improvisa sobre unos parámetros previstos. Usando un paralelismo con los protagonistas de uno de sus cuentos, “Las notas vicarias” (Navarro 2005: 248), declara cuál es la mejor manera de escribir cuentos: “Hacerlo con el instrumento sin afinar, improvisando, buscando a saltos las mejores teclas para que la historia suene” (Muñoz 2007). Dice Lauro Zavala que “la creación es algo que no requiere el conocimiento preciso de las reglas que la hacen posible, sino una disposición hacia la creación” (2004: 10) que, por supuesto, Hipólito G. Navarro la tiene. Parece que desde la experimentación que abarca con estructuras inesperadas y fragmentarias y el uso del lenguaje hasta los temas y los personajes tienen como único propósito desconcertar al lector ya que, como se ha señalado en numerosas ocasiones, el receptor de microrrelatos debe ser un lector dispuesto a fruncir el ceño y releer el cuento en busca de nuevas pistas que le descubran el sentido del microrrelato. Juan Goytisolo revelaba en un axioma que no busca un gran número de lectores, sino un cierto número de relectores. Asimismo, el onubense también requiere un lector activo:

Me interesa un lector inteligente, un lector cómplice, que se involucre plenamente con el texto, que se enfade o se apasione con él, que esté en todo momento activo en el transcurso de la lectura. Que no pierda puntada, vamos. Me interesa justamente el lector que no soporta que le den las páginas ya masticadas, esas en las que muy poco o nada se puede recrear y descubrir (Navarro 2008: 170).

Nos encontramos ante un autor que se sale de todo canon porque, incluso para centrar nuestro estudio en los microrrelatos que forman parte de su

cosecha cuentística, nos asaltan las dudas sobre algunos microrrelatos que no se ajustan al requisito de la brevedad abarcable de un vistazo que hemos subrayado en el punto anterior. Brasca, como antólogo, ha señalado que a veces aparecen piezas que no se ajustan a la formulación intelectual que nos habíamos hecho de ellas y que, sin embargo, piden ser consideradas como tales (Brasca 2004). Considerando esta objeción, nos centraremos en aquellos microrrelatos que mejor reflejan el objeto de esta disertación.

Nuestra pretensión es acercar la lupa del análisis a esos seres que aparecen transversalmente en sus relatos. Tal vez tengamos que dar gracias a la herencia adquirida de sus años de universitario –recordemos que él se define como “biólogo interruptus”– para que los animales aparezcan como protagonistas, como presencias inquietantes, como parte de las historias donde no sobra nada. Javier Sáez de Ibarra, en la introducción a la antología y conversación final (2008a, 2008b) con las que pretende acercar este autor a los lectores que no hayan tenido el placer de leerlo, señala la “mirada biológica” del autor al poner como ingrediente indispensable elementos de la fauna y flora. Cabe aclarar que con fauna no solo nos referimos a los animales que aparecen como protagonistas o que, en un momento dado, aparecen para incomodar o completar al protagonista, sino que también consideramos como parte de su fauna a todos esos personajes que no renuncian a sus quimeras y que las persiguen más allá del miedo al abismo o el desastre inminente.

El doble filo que encierran los microrrelatos de Hipólito G. Navarro se basa fundamentalmente en el humor que nos despista y el final que esconde el giro inesperado y sorprendente. Es evidente que los personajes se encargan de sufrir para despertar la empatía del lector. Curiosamente, entre los seres que pueblan los textos del autor no hay personajes desdichados, ni entusiastas, ni humildes sino apasionados, extravagantes, susceptibles e intransigentes: la entrega a sus pasiones los tiene atrapados e infelices sin espacio para plantearse siquiera lo absurdo de la vida sin esas querencias.

¿Y por qué la fauna? Precisamente porque en sus personajes se reencarna la esencia no solo del ser humano en general, sino de la poética de Hipólito G. Navarro en particular. En sus microrrelatos sabe combinar el lenguaje más técnico con el más poético y, por ello, hace convivir a personajes de distinta especie en cubículos cerrados. Aunque en el Diccionario de la Real Academia Española se contempla el sentido de fauna como “conjunto o tipo de gente caracterizada por un comportamiento común que frecuenta el mismo ambiente”, no queremos contribuir al uso

peyorativo del término ya que, con él, no solo nos referimos a la fauna propiamente dicha que vive en los microrrelatos de Hipólito G. Navarro sino que también apelamos a los seres humanos contemporáneos, es decir, a nosotros mismos.

Junto con Max Aub o Javier Tomeo, estos autores de microrrelatos reparten una serie de “entrañables criaturas que ponen de manifiesto, sobre todo, lo atávico y antisocial del ser humano” (Valls 2008: 155). Por extraño que parezca, no le debemos el título de este apartado a una suerte de ósmosis con el artículo de Fernando Valls, sino a una cuestión puramente coloquial del término fauna. Bien es cierto que, releendo la disertación del crítico español, se encuentran numerosos puntos en común entre los personajes de Hipólito G. Navarro y el destino absurdo de los personajes entrañables de Tomeo. La fantasía, el humor, lo absurdo de nuestras conductas humanas son algunos de los temas que trata Javier Tomeo y, como comprobaremos, también Hipólito G. Navarro.

Para poder analizar estos seres con el don de la ubicuidad que se reparten entre sus textos nos basaremos en esta clasificación genérica: encontraremos desde los seres fantásticos a los animales protagonistas y coprotagonistas que vigilan al actor principal de la trama y, por supuesto, a los bípedos, la raza más común entre sus microrrelatos.

El vampiro es uno de los seres fantásticos que goza de más éxito entre los *topoi* literarios y artísticos, como demuestra el gran repertorio de vampiros famosos que proliferan en obras literarias, pinturas, esculturas, cine... Estos seres inauditos, a los que estamos visualmente acostumbrados, son tan extraños como fascinantes. Evidentemente, este tópico no es nuevo y autores de microrrelatos como Hipólito G. Navarro han sabido recurrir al imaginario común que representa este ser maravilloso para manipular su prototipo:

#### Meditación del vampiro

En el campo amanece siempre mucho más temprano.

Eso lo saben bien los mirlos.

Pero tiene que pasar un buen rato desde que surge la primera luz hasta que aparece definitivamente el sol. Manda siempre el astro en avanzadilla una difusa claridad para que vaya explorando el terreno palmo a palmo, para que le informe antes de posibles sobresaltos o altercados. Luego, cuando ya tiene constancia de que todo está en orden, tal como quedó la tarde previa, se atreve por fin a salir. Su buen trabajo le cuesta después recoger toda la claridad que derramó primero. Por eso se ve obligado a subir tan alto antes de caer, para que le dé tiempo a absorber toda esa luz y no dejar ninguna descarriada cuan-

do se vuelva a hundir por el oeste.

Luego en el campo, paradójicamente, se hace de noche también muy pronto.

Los mirlos apagan sus picos naranjas y se confunden con el paisaje.

Y agradecido yo, me descuelgo y salgo (Navarro 2005: 412).

El título es lo único que nos señala que se trata de un vampiro –si no fuera por el título podríamos pensar que se trata de un simple murciélago. Pero este vampiro no parece cumplir con los tópicos de su especie: el protagonista medita sobre el desarrollo del día y espera pacientemente a que llegue su hora nocturna. Por lo tanto, el planteamiento resulta original porque no es un vampiro ansioso de sangre sino lírico. Javier Sáez de Ibarra ha querido ver en este microrrelato la metáfora del oficio del cuentista: “Observa, deja pasar el tiempo de los otros, se maravilla con la belleza del mundo, aguarda con calma antes de emprender su vuelo” (Sáez de Ibarra 2008a: 13). También podríamos señalar como fantástica la presencia y homenaje de “El dinosaurio” (Navarro 2005: 319) o la reflexión que hacen los huevos de “Enésima teoría de la relatividad. Y coda” (Navarro 2005: 392), ya que la personificación de estos curiosos seres solo puede vivir en la imaginación del autor. Las cavilaciones que hace el huevo narrador se llenan de relatividad: desde la calvicie hasta el estoicismo del final de sus días están provocando una lectura más allá de la vida de esos doce huevos blancos. “Con el tono o los ingredientes aparentemente ligeros de la comedia, plantean cuestiones fundamentales de la vida humana” (Sáez de Ibarra 2008a: 13).

Aunque la flora aparece de manera ornamental, formando parte del paisaje y del atrezzo que sustenta parte del sentido del texto, los cerezos, los arces, las acacias, el árbol del fuego e incluso la orquídea se ven eclipsados por lo llamativo de la fauna. En una entrevista inédita, el autor se sorprende de que nos hayamos percatado de esa omnipresencia de los animales en sus cuentos y lo atribuye a lo que podríamos llamar “el maleficio del animal”: según un comentario que hizo Bioy Casares en un taller de escritura, tras la aparición de un animal, inevitablemente, aparece otro. Hipólito Navarro confiesa intentar salirse de esta norma, pero no parece conseguirlo ya que después de publicar *Los tigres albinos* publicó *Las medusas de Niza*.

Los animales, tanto si son protagonistas o meros acompañantes de la escena, adquieren siempre un papel relevante, ya que, a través de la personificación, son capaces de hacer reflexiones admirables sobre la libertad. Tal es el caso del entrañable perro con aficiones globalizadoras de “Territorios” (Navarro 2005: 317) o las moscas desahuciadas de “Ecosistemas, bioto-

pos, hábitats y desahucios (las relaciones tróficas y catastróficas)” (Navarro 2005: 291), que se ríen de una de sus compañeras porque se ha quedado dentro de la casa. Son “la última generación de este verano” y, después de haber esquivado manotazos, trampas varias y “las xenofobias biológicas de nuestros huéspedes”, escapan a la terraza donde hace “un frío para el que, en definitiva, no se nace”. Mientras están contemplando divertidas la agonía de la compañera que está en el interior de la casa, no se dan cuenta de que por detrás se acerca un pájaro y se las come. Parece que el autor nos está advirtiendo de que a veces la apariencia de la salvación es una trampa.

Otro de los casos en los que el animal es el personaje principal del microrrelato es este ejemplo:

#### El cóndor posa

En la reunión anual de pedigüños musicales urbanos, un año más vuelven a aburrirse como ostras los escasos violinistas y un par de intérpretes de oboe, uno de éstos la primera vez que acude a la cita en realidad. Orillados en los márgenes de la discusión general quedan a su vez dos gremios: grupúsculos de tunos con perilla escindidos de sus colegas de facultad, silenciosos mimos de caras blancas y cassette bajo el brazo.

Un tipo de tez sonrosada asegura a voz en grito que su acordeón de once teclas y fuelle recortado es de origen bielorruso, asunto que viene muy poco a cuento en este instante, cuando las guitarras celebran que la respuesta esté en el viento. La celebración, de todas formas, no resulta del todo sincronizada; bien está pues alguna que otra interferencia.

De cualquier manera, me gusta observarlos a todos por igual.

Cuando me canso, recojo las alas.

Aun así, disminuida en mucho mi envergadura, posando como cualquier otro vultúrido, sé que no dejo de inquietar a la abultada delegación de los de la flauta (Navarro 2005: 385).

El cóndor está controlando todo desde su punto de vista privilegiado, así como lo hacía el cóndor de la zarzuela peruana. Esta referencia musical tergiversada nos está dando pistas de cómo elaborar la interpretación del texto. En la reunión de “pedigüños músicos urbanos” el cóndor vigila y observa los grupos que se han ido formando. Como si de un documental de Félix Rodríguez de la Fuente se tratara, este animal cuya identidad también la conocemos gracias al título, repasa el paisaje animalístico que tiene delante para, finalmente, imponerse tan solo con su presencia y su majestuosidad. Incluso con las alas replegadas, el protagonista sabe que despierta la inquietud de los demás. Es posible que este microrrelato sea un homenaje a los músicos hispanoamericanos “que recorren y amenizan las

calles de sus ciudades con unos acordes procedentes de una cultura milenaria” (Andres-Suárez 2010: 318). Hipólito G. Navarro usa la simbología del cóndor que aparece en la bandera ecuatoriana como representante e ícono de este continente.

Pero la presencia de los animales, aunque no tenga carácter protagonista, aparece siempre de forma transversal. En muchos microrrelatos acompaña a las extravagancias de los personajes principales y adquiere responsabilidad en el extrañamiento –buscado por el autor– que despiertan en el lector. Un ejemplo de esta presencia silenciosa es “La ubicua vigilancia de los búhos” (Navarro 2005: 304) en el que la mirada constante de los búhos disecados con las cuencas vacías nos produce una gran intranquilidad a pesar de su estatismo.

Por oposición a la nocturnidad de estos búhos o la del vampiro que, con su presencia inquietante, nos recuerdan a los ecos fúnebres de los *Caprichos* de Goya, los mirlos madrugadores de “Meditación del vampiro” (Navarro 2005: 412) nos avisan cotidianamente de los albores del día; las bandadas de patos que van al sur de “Qué carajo excusas” (Navarro 2005: 310) despiertan la inevitable tentación de la huida hacia cualquier lugar por culpa del fracaso paternal; las moscas que cuentan las bajas después de ser zarandeadas de “Descansos de la escritura” (en: Obligado 2009: 123); o la sombra del “pájaro negro y enorme” que “planeando con las alas extendidas, cruza muy despacio por el cielo” y coincide con la silueta del protagonista de “Penúltimo aprendizaje” (Navarro 2005: 436) son algunos ejemplos de esa constancia de los animales en los microrrelatos de Hipólito G. Navarro.

A pesar de que los protagonistas de “Los tigres albinos” (Navarro 2005: 312) son humanos, la referencia a esta desfortuna genética en combinación con la fiera de los tigres es, cuanto menos, curiosa. Realmente, son muy extraños los casos de tigres albinos, aunque, por lo general, los animales blancos de esta especie –en lugar de anaranjados– reciben este nombre. Lo que el título significa en esta historia, a nuestro parecer, es que son personajes albinos en un mundo de depredadores y el uno es tigre para el otro:

#### Los tigres albinos

El pintor llegó así a casa, con el labio partido –los taxistas, para ser taxistas, golpean fuerte; dan buenos puñetazos, se quiere decir–, la sangre ya en costuras. La intención estuvo siempre en el pintor, sólo se podría argumentar en su defensa que tardó bastante en decidirse. Siempre bajo la ventana de su estudio la fila de taxis en la parada, la obsesión de los taxistas con el plumero-



ro limpiando parabrisas impolutos, embellecedores brillantes, capós sin una mancha. En las telas del pintor, muy al contrario, algarabías de la abstracción, abundante materia, una ruinoso digamos hojaldración de las pruebas en un mismo lienzo.

Llevarse a casa la última obra, todavía fresca, era la idea machacona que le rondaba de continuo, como una persecución. Si no lo hizo antes es porque desde los comienzos de los pinceles encontró un raro paralelismo entre llevar un óleo descubierto por la calle y llevar al hombro un sanitario, es decir, un váter.

Así es que vigiló horas desde la ventana, y en el momento oportuno salió como a escondidas del estudio y tomó el taxi casi por asalto –ya se sabía de memoria las matrículas, los más limpios–; lo que no se esperaba era la tapicería, de terciopelo, con vetas a blancos y negros, como de cebra. Contrastante.

En el asiento de atrás, invertida, pegoteada, oleica, su obra como un espejo (Navarro 2005: 312).

Con este ejemplo de alteridad entre los humanos, damos paso al análisis de los bípedos, como en algunos microrrelatos Hipólito G. Navarro se refiere al género humano. Por lo general, son personajes que luchan por sus quimeras y que, empecinados en conseguir sus proposiciones descabelladas, llevan a cabo planes absolutamente maquiavélicos. Algunos de estos personajes “soñadores y excéntricos, que anhelan la perfección y el éxito y terminan fracasando estrepitosamente por falta de talento o de perseverancia, y viviendo al margen de la sociedad” (Andres-Suárez 2010: 316), son el personaje suicida por amor de “Plano abatido” (Navarro 2005: 288), el hambriento conformista de “Jamón en escabeche”, el solitario de “Unas postrimerías de la New Age” (Navarro 2005: 425) o el vecino que trama su venganza comprando el piso superior al de sus torturadores en “Los bloques” (Navarro 2005: 316).

Esta intolerancia al otro es uno de los temas recurrentes entre los microrrelatos de Hipólito G. Navarro. La venganza se consume, en muchas ocasiones, a través del asesinato. Muchos de sus personajes “utilizan la violencia: unos, para resarcirse de su frustración con la explosión de ira o la venganza; otros para alcanzar su propósito” (Sáez de Ibarra 2008a: 15). Tal es el caso de los violinistas de “En beneficio de la música” (Navarro 2005: 302) o el pragmático bodeguero que reparte el motín del fotógrafo asesinado de “Bodegón: naturaleza muerta” (Navarro 2005: 297). En la entrevista inédita, el autor nos aclara este deseo de una justicia universal: “Sus peripecias no tratan de la envidia, sino de la justicia, de una justicia artística, divina, que debería existir. Como esa justicia no existe, o tarda mucho en llegar, algunos personajes se adelantan y la llevan ellos mismos

a cabo, pero nunca lo hacen por envidia, sino por arreglar algún error de la naturaleza, de la naturaleza de los bípedos mayormente, de la naturaleza de las cosas del arte y los cariños”.

Por otra parte, están los eternos suicidas que buscan una salida de su monótona vida. Un ejemplo es el taxidermista de “La ubicua vigilancia de los búhos” (Navarro 2005: 304). El oficio de este protagonista es bastante turbador y, para escapar de él, come setas probablemente envenenadas, pero su inmunidad crece incomprensiblemente. Sin embargo, el que nos parece más estrambótico es el personaje de “Ignorancias de los vecinos” (Navarro 2005: 306), cuyo conflicto interior le hace recurrir a contar sus gotas de sudor para decidir si se suicida o si se mantiene con vida. Es increíble que su destartalada idea del destino dependa del número de gotas de sudor que cuenta frente al espejo. Si es fiel a sus reglas, este personaje comete el suicidio. Sin embargo, la fuerte carga de ambigüedad permite varias interpretaciones (Andres-Suárez 2010: 318). Tan absurda como la actitud de este personaje es la que tiene el protagonista de “Jamón en escabeche” (Navarro 2005: 300), al que se le pasa por la cabeza ahorcarse con la cuerda de un jamón recién comido.

Un poco más amables parecen los microrrelatos en los que la carga autobiográfica se puede entrever con claridad, es decir, aquellos personajes que soportan el peso de la paternidad. Este asunto ha sido más desarrollado en los cuentos de Hipólito G. Navarro, en los que extiende sus dificultades para leer y escribir por culpa de los cuidados que requiere su hijo. De hecho, de ahí viene uno de los gérmenes de su escritura breve. No obstante, su estreno como padre y los problemas cotidianos de tener hijos se dejan ver en “Qué carajo excusas” (Navarro 2005: 310) en el que un padre con la sospecha de haber fracasado en su labor paternal pretende escapar, como los patos, hacia otros sures, o en “La mar se yesa” (Navarro 2005: 389) en el que, además de la realización literal del chiste que da título al microrrelato, cuenta una anécdota familiar de unas vacaciones. Aprovechando la presencia femenina de este microrrelato, señalamos la ausencia de mujeres protagonistas en los cuentos de Hipólito G. Navarro. En los que hemos señalado podemos comprobar cómo las mujeres son tan solo acompañantes aunque es llamativo que, por lo general, tienen nombre propio. Este aspecto es extraño en este género ya que casi siempre los protagonistas son meros esbozos de los que difícilmente sabemos el nombre y, sin embargo, estos personajes de reparto han sido nominados.

Por último, queremos hacer un guiño a la imagen de la infancia que reproduce el autor onubense en sus textos. Estos pequeños protagonistas son capaces de albergar ya la envidia al otro, como el niño de gafas de “Árbol del fuego” (Navarro 2005: 318), pero también son ensimismados y curiosos como el personaje principal de uno de los microrrelatos favoritos del autor:

#### La inspiración

Hay que imaginarse el escenario: los días todos iguales del Polo Sur, una atardecida eterna que arropa de desvaído azul un universo frío, plano y desamueblado. En el espacio que nos interesa recortar tal vez se puedan suponer, además de la superficie helada y blanca, tres o cuatro pingüinos a lo lejos, si acaso en un ángulo a la izquierda los deshilachados amagos amarillos de una aurora boreal. Poco más. Y frío, un frío abstracto y desacostumbrado para los termómetros.

Pero en el centro de la escena está el iglú, como una redonda y rotunda provocación. Y en su interior, la historia: despaciosos sucesos presididos por el calor. Los padres se aman desnuditos bajo las blanquísimas pieles de oso, la abuela come a lentos puñados de un pescado blanco salpicado de rojo intenso en las agallas, y el hijo entretiene su mirada en el alegre bailoteo de las llamas en el fuego del hogar. Esa contemplación ensimismada le ocupa todas las horas; hay poco colegio por esas latitudes. No se trata de perder el tiempo, aunque lo parezca, como no se pierde el tiempo si se observa toda una tarde el vaivén del mar golpeando en la costa o el resto de la noche el cuerpo desnudo de la mujer que hemos amado. Los ojos del niño han subido y bajado al compás de las llamas durante horas y horas, y ahora tiene como dos brasas en las pupilas. Afuera todo lo más quedará un solitario pingüino rezagado, el paisaje aún más plano bajo el peso de difíciles constelaciones. Es entonces cuando el niño casi lo susurra: ‘Bueno..., y yo ahora me pregunto...: ¿qué es un rincón?’ (Navarro 2005: 308).

Está claro que “los protagonistas de sus relatos se parecen, en ocasiones, al escritor” (Andrés-Suárez 2010: 315) ya que “se enfrentan a situaciones difíciles, peligrosas, incluso duras” (Sáez de Ibarra 2008a: 12) del día a día, pero, al mismo tiempo que tienen pensamientos suicidas y homicidas, son apasionados que persiguen desesperados sus objetivos. Desde los personajes fantásticos con sus peculiaridades como el comprensible cansancio del dinosaurio, la calvicie relativa de los huevos o la paciencia lírica del vampiro; pasando a los animales protagonistas como el entrañable perro con aficiones globalizadoras, la majestuosa presencia del cóndor, las moscas mareadas o risueñas; observando a los animales de reparto como los búhos ciegos, los mirlos madrugadores, las bandadas de patos tentativas, la sombra del pájaro negro o la destacada pigmentación de los tigres; así

como la presencia ornamental de las mujeres y las flores, los niños naturalmente infantiles o los bípedos masculinos como el inmune taxidermista, el desesperado doliente de la úlcera como orquídea, el pragmático bodeguero asesino, el pusilánime rockero o el padre sin tiempo, son personajes que representan la riqueza del mundo animal en la imaginación de Hipólito G. Navarro. Sus venganzas, sus sueños, sus planes, sus fracasos, sus recuerdos, sus alegrías o sus pasiones los hacen protagonistas del recurso zoológico en el que se basa el autor para provocar una reflexión original e inédita sobre la naturaleza del ser humano.

En este análisis de su *ars poetica* se descubre la autenticidad, la honestidad, la sinceridad y el desparpajo del autor. Su manera de jugar con el lenguaje y con el lector, su experimentación estructural y su transgresión humorística y fantástica que van acompañando a los personajes con ecos de los bestiarios ponen de manifiesto la originalidad de este autor “dotado de un estilo inconfundible, que abre un camino para la imaginación en el cuento del siglo que ha empezado” (Sáez de Ibarra 2008a: 14).

La contribución de este autor a la entidad genérica que nos ocupa es sobresaliente: tanto sus textos poco convencionales como las criaturas extraordinarias que los protagonizan son un buen ejemplo de las cualidades que debería tener un microrrelato. ¿Qué se puede esperar de un autor que es lector empedernido y que entre sus influencias figuran los grandes del cuento breve como Poe, Kafka, Beckett, Chejov, Cortázar, Monterroso, Maupassant o Mrozek? Un buen lector no tiene por qué ser un buen escritor, pero un buen escritor debe ser un buen lector. Esta formación lectora de Hipólito G. Navarro hace que encuentre las palabras justas para evocar mundos posibles, imágenes poderosas capaces de impactar al lector y engancharle en la fuerza de esas palabras para hacerle dependiente de sus locuras textuales. Lo increíble de las tramas del onubense se enriquece con sus protagonistas: una fauna que fascina, desde las personificaciones de los seres fantásticos hasta la presencia transversal de su prisma biológico y botánico pasando, cómo no, por los seres humanos, esos animales bípedos que odian y aman intensamente, pero que no renuncian a perseguir sus sueños cueste lo que cueste, esos *rara avis* por los que merece la pena escribir y, por supuesto, seguir leyendo.

## Bibliografía

- ANDRES-SUÁREZ, Irene (2010): "Los relatos mínimos de Hipólito G. Navarro". En: *El microrrelato español. Una estética de la elipsis*. Palencia: Menoscuarto, pp. 311-322.
- BELAUSTEGUIGOITIA, Santiago (2005): "La trama de los tapices". En: *El País*, 01.06.2005. <<http://www.juntadeandalucia.es/culturaydeporte/opencms/export/download/bi-bhuelva/hipolitoelpaisandalucia050601.pdf>> (12.09.2012).
- BRASCA, Raúl (2004): "Criterio de selección y concepto de minificción: un derrotero de seis años y cuatro antologías". En: Noguero, Francisca (ed.): *Escritos disconformes. Nuevos modelos de lectura*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 107-120.
- CORTÁZAR, Julio (1969): "Del cuento breve y sus alrededores". En: *Último round I*. México, D.F.: Siglo XXI, pp. 59-82.
- GONZÁLEZ TORRES, David (2009): "Hipólito G. Navarro, ¿un escritor del NO?". En: *aviondepapel.tv*. <<http://www.aviondepapel.tv/2009/04/hipolito-navarro-%C2%B-Fun-escritor-del-no/>> (10.09.2012).
- MUÑOZ, Miguel Ángel (2007): "Esto de ser escritor quita muchísimo tiempo para escribir". En: *El síndrome de Chejov* (blog), 22.10.2007. <<http://elsindromechejov.blogspot.com.es/search/label/Hip%C3%B3lito%20G.%20Navarro>> (29.08.2012).
- NAVARRO, Hipólito G. (1990): *El cielo está López*. Granada: Don Quijote.
- \_\_\_\_ (1992): *Manías y melomanías mismamente*. Sevilla: Don Quijote.
- \_\_\_\_ (1996a): *Relatos mínimos*. Huelva: Ediciones del 1900.
- \_\_\_\_ (1996b): *El aburrimiento, Lester*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.
- \_\_\_\_ (2000a): *Los tigres albinos: un libro menguante*. Valencia: Pre-Textos.
- \_\_\_\_ (2000b): *Las medusas de Niza*. Sevilla: Algaida.
- \_\_\_\_ (2005): *Los últimos percances*. Barcelona: Seix Barral.
- \_\_\_\_ (2008): *El pez volador*. Madrid: Páginas de Espuma.
- OBLIGADO, Clara (ed.) (2009): *Por favor, sea breve. 2. Antología de microrrelatos*. Madrid: Páginas de Espuma.
- SÁEZ DE IBARRA, Javier (2008a): "Introducción". En: Navarro, Hipólito. G.: *El pez volador*. Madrid: Páginas de Espuma, pp. 9-24.
- \_\_\_\_ (2008b): "Una conversación con Hipólito G. Navarro". En: Navarro, Hipólito. G.: *El pez volador*. Madrid: Páginas de Espuma, pp. 159-178.
- VALLS, Fernando (2008): *Soplando vidrio y otros estudios sobre el microrrelato español*. Madrid: Páginas de Espuma.
- ZAVALA, Lauro (2004): *Cartografías del cuento y la minificción*. Sevilla: Renacimiento.